Artículos, discursos y entrevistas

Artículo "Un nuevo Damasco", Alfa y Omega, Madrid, España (28-VII-2011)

Saulo de Tarso, lleno de celo por la ley de Moisés, llevaba cartas expedidas por la autoridad más alta del judaísmo, destinadas a las sinagogas de Damasco, *"con el fin de llevar detenidos a Jerusalén a cuantos encontrara, hombres y mujeres, seguidores del Camino"* (*Hch* 9, 2). El Señor, sin embargo, no se lo permitió. Cuando ya estaba cerca de la ciudad, una luz intensísima lo derribó al suelo y oyó una voz que le decía: *"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"* (*Ibid*., 4). El joven respondió: *"Quién eres tú, Señor?"* .Y la voz le dijo: *"Yo soy Jesús, a quien tú persigues"* (*Ibid*., 5).

Todo ocurrió en un instante, en el camino de Damasco. Desde entonces, este nombre —Damasco— es sinónimo de conversión, de apertura a la gracia de Dios. Desde aquel momento, Saulo el perseguidor, con la ayuda de un cristiano piadoso de Damasco, Ananías, se convirtió en el apóstol Pablo. Dijo que sí al Señor, libremente, y fue hasta la muerte —con una lucha generosa, alegre— un fiel discípulo y evangelizador de Jesucristo.

De alguna manera, se podría decir que cada JMJ es, para muchas y muchos jóvenes, la ocasión de revivir el episodio de Damasco. El Señor Jesús, por boca de su Vicario en la tierra, Benedicto XVI, dirigirá su palabra a quienes le escuchen y provocará —en quienes le oigan bien dispuestos— una nueva conversión, un cambio quizá profundo en su existencia. De esa palabra acogida con fe, pueden nacer millares de decisiones de búsqueda de Jesucristo, sin cambiar de estado (en la vida matrimonial, en el celibato apostólico) o abrazando el sacerdocio o la vida religiosa. El Señor llama a muchos, a todos, a la plenitud de la vida cristiana, por muy diversos caminos. Pero se precisa —como en el caso de S. Pablo— un corazón abierto a Dios y a los hermanos, que se adquiere y se profundiza con la ayuda de la catequesis y también con la colaboración de otras personas que, como Ananías, pueden facilitar que la palabra del Vicario de Cristo arraigue en el alma.

Cada santo, canonizado o no, ha tenido *su Damasco*, su momento de conversión radical a Dios. Quizá no fue tan vistoso como el de S. Pablo, pero fue igualmente eficaz. Quizá se trató sencillamente de pasar de la indiferencia al don de sí mismo. De una vida que consistía en recibir, a otra que es también dar, que va acompañada de una felicidad profunda tan diferente de la que ofrecen las satisfacciones materiales.

He tenido la suerte de vivir muchos años al lado de un santo

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que, lleno de convicción, aseguraba: *"Madrid ha sido mi Damasco, porque aquí se han caído las escamas de los ojos de mi alma y aquí he recibido mi misión"*. Me refiero a S. Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Aunque nacido y criado en tierra aragonesa, fue en Madrid donde el Señor le mostró la tarea que le había asignado desde la eternidad: enseñar a todos los cristianos que la existencia ordinaria —entretejida de horas de trabajo bien hecho, de dedicación a la familia y a los amigos, de interés por el bien común de la sociedad— podía y debía ser un verdadero camino de santificación.

Durante muchos años, presintiendo que el Señor quería algo de su vida, pero sin saber qué, el joven Josemaría se dirigió a Dios con unas palabras tomadas del Evangelio: *"Domine, ut videam!"* (*Lc* 18, 41); las mismas que un ciego dirigió a Jesús que pasaba por el camino de Jericó: *"Señor, ¡que vea!"*. Esa luz se hizo realidad en su alma el 2 de octubre de 1928, precisamente en esta ciudad de Madrid. Aquí desarrolló un servicio generoso entre todo tipo de personas, entre los enfermos de los hospitales y entre las gentes más necesitadas de las barriadas extremas. Bien pronto se rodeó también de un grupo de jóvenes a los que contagió su entusiasmo sobrenatural y humano, enseñándoles a santificar el estudio, el trabajo y todas las realidades de la vida cotidiana.

Muchas personas han tenido *su Damasco* en Madrid, tierra de santos, de mártires y de cristianos normales que procuran imitar a Jesucristo en la vida ordinaria. Por unos días, esta ciudad se convertirá en la capital mundial de la juventud. Sobre todo, va a ser la ciudad de Pedro. Benedicto XVI nos guía y nos lleva hacia el Modelo de todos los santos, hacia Cristo. Le damos la más calurosa bienvenida, rezamos por los frutos de su viaje pastoral y pedimos, sobre todo, que muchas chicas y muchos muchachos se sientan personalmente interpelados por sus palabras y experimenten en esas jornadas *su Damasco*: un encuentro personal más intenso con Jesucristo, que cambie y mejore su existencia.

Decía el Papa al comenzar su pontificado: «Quien deja entrar a Cristo en la propia vida no pierde nada, nada —absolutamente nada— de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren de par en par las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera».

Hemos de estar plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en nosotros, sino que lleva todo a la perfección para la gloria de Dios, la felicidad de los hombres y la salvación del mundo.

Recurro a la intercesión de S. Josemaría, tan estrechamente ligado a esta ciudad, y al beato Juan Pablo II, inspirador de las jornadas mundiales de la juventud. Que ellos nos alcancen del Señor, por intercesión

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de la Virgen de la Almudena, una lluvia de gracias en estos días. Que la JMJ de Madrid sea *la Damasco* de muchos jóvenes dispuestos a dejarse la vida por Cristo y por los demás, siendo testimonios creíbles y vibrantes de ese Evangelio —siempre antiguo y siempre nuevo— que el mundo actual, nuestro mundo, necesita con urgencia.

✠ Javier Echevarría
Prelado del Opus Dei

Artículo "Fidelidad y felicidad", L'Osservatore Romano, Vaticano, Roma (18-VIII-2011)

Desde que el Beato Juan Pablo II tuvo la intuición de promover hace 26 años la primera Jornada Mundial de la Juventud, en Roma, podría decirse que cada uno de estos encuentros ha significado un punto de partida en la vida de millares de jóvenes: chicas y chicos que han conocido mejor a Jesucristo y se han decidido a dar un rumbo nuevo a su vida, orientándola de modo consciente y maduro hacia Dios y hacia los demás, con una visión cristiana optimista, propia de quienes se saben hijos de Dios. Para algunos, con el tiempo, aquel entusiasmo inicial encontró los obstáculos ordinarios del caminar terreno pero, con la gracia de Dios, muchos han llegado a la felicidad de la fidelidad: dos palabras que riman, como decía san Josemaría Escrivá de Balaguer. La fidelidad no es otra cosa que la madurez del amor en el tiempo. De hecho, muchos de los participantes en las primeras jornadas mundiales se contaban entre los millones de personas que dieron el último adiós a Juan Pablo II, un "a Dios" que era a la vez un "gracias" y una petición: "¡sigue ayudándonos!".

Han pasado los años y, con Benedicto XVI, las jornadas mundiales de la juventud mantienen su extraordinaria capacidad de convocatoria. Poseen un magnetismo que no es artificial pues, con el sucesor de Pedro, es el mismo Cristo quien pasa. Cristo que se fija en muchos, sí, pero sobre todo en cada persona, y esa mirada es cauterio que purifica y amor que llama. Muchas decisiones de entrega vendrán, no lo dudo, para alcanzar la alta medida de la santidad cristiana en todas las circunstancias: en la vida matrimonial, en el celibato apostólico, sin cambiar de estado, o bien abrazando el sacerdocio o la vida religiosa. El "gracias", "sigue ayudándonos", a través de Pedro, llega al Cielo para convertirse en obras: "¡aquí estoy!, ¡cuenta conmigo!". Esta es la respuesta cristiana a la exhortación de Pablo a los Colosenses: "Así como habéis recibido a Cristo Jesús, el Señor, vivid en él" (*Col* 2, 6).

En la defensa de la fe que hace San Pablo, en el pasaje de su carta que ha sido elegido como lema para esta nueva Jornada Mundial, el Apóstol habla de las "vanas filosofías y falacias" (*Col* 2, 8). Las jornadas de la juventud, en este mundo

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei